

# Una aproximación a la anorexia desde el discurso fenomenológico\*

A Phenomenological Approach to the Issue of Anorexia

**Claudia Espinal Correa\*\***

**Diego Alejandro Estrada Mesa\*\*\***

**Lina Pérez González\*\*\*\***

Universidad Cooperativa de Colombia, sede Medellín

## Resumen

Algunos enfoques científicos han abordado la Anorexia como un fenómeno que tiene múltiples causas. Este artículo plantea que existen discursos, imaginarios y representaciones que se convierten en factores de riesgo que conducen a la Anorexia. La aproximación teórica que se realiza en este artículo busca dar cuenta de la existencia de ciertas construcciones discursivas (la división sujeto-objeto) que serán determinantes a la hora de entender este flagelo común dentro de las sociedades contemporáneas.

**Palabras clave:** anorexia, consumo, contemporaneidad, fenomenología, sujeto-objeto.

## Artículo de reflexión.

Recibido: abril 10 del 2012.

Aprobado: octubre 9 del 2012.

- \* El presente artículo es resultado de una iniciativa de investigación multidisciplinaria financiada por la Universidad Cooperativa de Colombia (sede Medellín). Queremos darle un especial agradecimiento al biólogo Oscar Murillo (docente e investigador de la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Medellín) y al magíster en Sociología Pablo Cuartas por sus valiosos aportes.
- \*\* Bióloga de la Universidad de Antioquia. Candidata a especialista en gerencia de la calidad y auditoría en salud de la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Medellín. Coordinadora del Laboratorio en biología molecular de la Facultad de Medicina de la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Medellín. Asesora nacional en Ciencias Básicas para la reforma curricular en Medicina, Universidad Cooperativa de Colombia, sede Medellín. Correo electrónico: claudia.espinal@ucc.edu.co
- \*\*\* Politólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Estudiante del doctorado en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín. Docente e investigador de la Facultad de Medicina de la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Medellín. Correo electrónico: diego.estrada@campusucc.edu.co
- \*\*\*\* Médico general de la Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín. Especialista en gerencia de la calidad y auditoría en salud de la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Medellín. Candidata a magíster en Epidemiología de la Universidad CES, Medellín. Líder Nacional de la reforma curricular para Medicina en la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Medellín. Correo electrónico: lina.perez@ucc.edu.co

## Abstract

Some scientific approaches have addressed anorexia as a phenomenon with multiple causes. The article suggests that there are discourses, imaginaries, and representations that become risk factors leading to anorexia. The theoretical approach used in this article aims at showing the existence of certain discursive constructions (the subject-object division) that are determinant when trying to understand this scourge of contemporary societies.

**Keywords:** anorexia, consumption, contemporary world, phenomenology, subject-object.

## Introducción

Este artículo se concentra en la enfermedad de la anorexia. Su objetivo principal es mostrar la incidencia que poseen los discursos humanos en el ámbito de la salud y la enfermedad. Habituada a comprender esta enfermedad como un “trastorno” de la alimentación, la mirada médica, amparada por otras áreas de conocimiento, señala el no alimentarse deliberadamente como una práctica que pone en riesgo el equilibrio dinámico de la estructura corporal. Antes que estudiar este fenómeno de una manera más profunda, examinando, por ejemplo, las causas de esta enfermedad, la medicina reconoce, con cierto dejo de derrota, que quizás el origen de tal patología se halla en lo social o psicológico (dominios totalmente ajenos al discurso médico y supremamente “amplios” e “inexactos”). La medicina actualmente responde ante esta enfermedad de una manera fragmentada, sin percatarse de la importancia que tienen los discursos y los imaginarios en la comprensión de lo normal y lo patológico.

José Fernando Uribe, antropólogo que ha estudiado la anorexia, afirma que el discurso médico asume un enfoque multicausal frente a este tipo especial de mal, y deja de lado el aspecto *sociocultural*, pues considera que no corresponde a su campo de acción (2007, p. 30). Este tipo de visión es subsidiaria de una manera particular de comprender la existencia: las cosas del mundo son objetos independientes de la razón humana, un extenso campo dividido y clasificado en regiones de conocimiento. Así las cosas, a cada campo le corresponde un tipo singular de discurso.

Se reconoce que son muchas las causas de la anorexia, pero se responde a tal patología todavía desde los mismos presupuestos epistemológicos que ven en la enfermedad una “falla mecánica” en la región anatómico-fisiológica del ser humano; un padecimiento psicológico (un trastorno de la normalidad adecuado a las estructuras psíquicas del ser humano) o un fenómeno de la cultura. Antes que ver la anorexia como una forma de hablar del cuerpo que manifiesta una biografía, experiencias, relaciones, esto es, un conjunto de relatos y discursos que operan

somáticamente, el accionar médico se ve en extremo limitado al responder, por ejemplo, a las deficiencias objetivas del organismo y no ser capaz de ver en una dimensión más amplia qué tipo de causas se erigen como una condición *sine qua non*.

Las causas de la anorexia encuentran su matriz en la misma representación simbólica que ampara al discurso médico. La emergencia de esta enfermedad, al igual que las bases del discurso epistemológico de la medicina, tiene su origen en la distinción moderna entre sujeto y objeto, desde este punto de vista, el cuerpo es comprendido meramente como un accesorio del ego, un dominio de su soberanía. La estructura corporal está hecha para ser alterada, transformada y perfeccionada. El cuerpo se convierte en un objeto de dominio, intervención y control. Tanto el médico como el enfermo o la enferma de anorexia conciben al cuerpo como un “objeto”. Si bien ambas construcciones se presentan de una forma distinta, en ambas perspectivas existe una disociación entre el dominio corporal y la subjetividad. En ese sentido, los juegos de lenguaje que construyen los sistemas sobre lo falso y lo verdadero en una cultura se fundan sobre distintas prácticas que llevan a un dominio donde las cosas y el cuerpo mismo se comprenden como un objeto de control. Pensar la anorexia implica abordar la compleja realidad que se deriva de las prácticas lingüísticas y las formas de vida. Detrás de cada enfermo de anorexia existen discursos complejos estrechamente asociados a una postura dualista: la identidad del individuo se posa sobre el deseo de “tener” y “poseer” otro cuerpo.

Quizás comprender este aspecto puede contribuir a responder muchos de los interrogantes y tabús que se tejen alrededor de las denominadas “enfermedades del alma”, especialmente de la anorexia. Entender la sentencia de Georges Canguilhem, en la que postula que la muerte está en la vida, no solo ayuda a reconciliar la enfermedad con la existencia, sino que también garantiza una comprensión más amplia de dichas enfermedades. El discurso mecanicista de la enfermedad en cierta forma ha encubierto la idea de que esta es una manifestación del “desviarse” de la vida, aquello que le da forma a todo lo viviente.

### **Un marco teórico: fenomenología de la enfermedad**

¿Cómo garantizar una apertura a la anorexia que permita hacer visible los discursos que la originan? Es sabido que el acercamiento a esta enfermedad se ha dado desde muchos lentes. La psiquiatría, la psicología, y el psicoanálisis, al igual que la sociología, la antropología y la nutrición, han pretendido comprender esta enfermedad con la intención de encontrar terapias y procedimientos apropiados para llevar a cabo un tratamiento completo y complejo. Como ya se planteó, uno de los principales problemas que existe a la hora de abordar esta enfermedad es la falta de unidad y coordinación articulada de las diferentes disciplinas que la abordan. Mientras que al médico solo le interesa hacer frente a los problemas de funcionamiento corporal, el sociólogo se centra en las relaciones sociales

que generan comportamientos de riesgo. Ninguno de los dos es capaz de ver el todo, pues se encuentran cercados por rígidas líneas fronterizas que terminan convirtiéndose en territorios de saber y poder.

Sin embargo, la mirada aquí propuesta sigue otro método de investigación, ya que se construye a partir de la fenomenología que desarrolló Martin Heidegger en *El ser y el tiempo*, con el fin de aproximarse a la anorexia desde un campo discursivo que se denomina “fenomenología de la enfermedad”. Se parte de la idea previa según la cual la enfermedad no solo hace parte de un dominio que es la medicina. Desde este punto de vista, comprender la enfermedad implica tener en consideración el amplio abanico de la cultura o, más exactamente, un asunto propio del “ser”, la existencia, aquello que es previo a toda teorización y mirada científica.

En este caso, la fenomenología no pretende ser una disciplina que se encarga de una región del “ser” o de los entes, sino más bien se encomienda a pensar el “ser”. Como se verá, la anorexia, al igual que las demás enfermedades, se convierte en un padecimiento que conmueve de lleno las estructuras del “ser en el mundo”. Al no aceptar el propio cuerpo, quien padece anorexia está huyendo de su propia realidad, encubre su *dasein*, su “ser ahí”<sup>1</sup> —como diría Heidegger—, con una idea preconcebida de lo que debe ser el cuerpo.

Sin embargo, ¿de qué se trata este asunto de la fenomenología de la enfermedad? ¿No sé está haciendo alusión a un artificioso eufemismo que pretende describir lo que la sociología y la antropología ya han dicho respecto a la anorexia? Para empezar, es importante explicar qué es la fenomenología en el sentido de Martin Heidegger. La palabra como tal consta de dos partes. El término “fenómeno”, φαινόμενον, y la noción “logos”, λόγος. La expresión griega φαινόμενον significa “lo que se muestra”, “lo patente”. En consecuencia, fenómeno quiere decir lo que se muestra y manifiesta en su facticidad. “Como significación de la expresión ‘fenómeno’ hay por ende que fijar esta: *lo que se muestra en sí mismo*, lo patente” (Heidegger, 2007, p. 39). Cabe recordar que las cosas no siempre se muestran como son. Algo que se muestra puede parecer, pero no ser. Las señales, las referencias, las apariencias, los síntomas, son solo un *manifestarse*, pero no son el fenómeno; se accede este último gracias a las apariencias, pero no debe confundirse apariencia con fenómeno.

1. La expresión alemana *dasein* fue acuñada por Martin Heidegger y remite a la temporalidad del ser humano, al hecho de ser-en-el-tiempo o, como el mismo autor lo dice, “ser para la muerte”. Este concepto alude a lo fáctico, a aquello que es propio y de nadie más, es decir, a la biografía particular, a la historicidad singular. *Dasein* es, en efecto, ser-en-el-mundo. La vida como tal no tiene que ver con un sujeto en un objeto, esto es, una relación instrumental y cosificada. “*Dasein* como ser-en-el-mundo significa... ir de trato [...] con el mundo; perdurar [...] poner en obra...” (Heidegger, 1924, p. 10) Lo problemático aquí es cómo un imaginario genera una práctica moral, cómo, a partir de una precomprensión, ese *Dasein* singular se encubre. Indudablemente, de fondo está el problema del poder, esto es, cómo los discursos tienen un impacto en los cuerpos.

Todo fenómeno requiere de las apariencias, pero los fenómenos no son las apariencias. El fenómeno solo podrá ser si hay una referencia, una señal que remita a otra cosa. Como plantea Heidegger, “aparecer es un no mostrarse”, es un enunciarse. “Fenómeno [...] significa una señalada forma de hacer frente a algo. Apariencia, por lo contrario, mienta una relación de referencia dentro del ente mismo... de tal suerte que lo que hace referencia (lo que anuncia) solo puede cumplir su posible función cuando se muestra en sí mismo o es ‘fenómeno’” (Heidegger, 2007, p. 40). En últimas, la palabra fenómeno significa lo primero, pero no en el sentido de “primitivo”, sino lo primero como el “hacer frente a lo más inmediato” en la existencia que es el estar proyectado al mundo.

El concepto de λόγος por su parte, es quizás más rizomático y complejo. Originariamente, λόγος significa habla, conversación, mostrar, hacer ver por medio del lenguaje, “...hacer patente aquello de que ‘se habla’ en el habla”. Por ende, “En el habla [...] si es genuina, debe sacarse lo que se habla de aquello de que se habla, de suerte que la comunicación por medio del habla hace en lo que dice patente así accesible al otro aquello de que habla” (Heidegger, 2007, p. 43). No se trata, por tanto, de razón, juicio o ciencia. Ninguno de estos términos logra captar la absoluta originalidad del λόγος; este podría ser, en suma, como el permitir ver al mostrar por medio del habla.

Una vez dicho esto, podríamos definir a la fenomenología como “permitir ver lo que se muestra”, desvelar, des-encubrir las cosas, mostrarlas en sí mismas, ir a las “cosas mismas”. Aunque la fenomenología, incluso desde su aparición con Husserl, es el estudio de las esencias, cabe recordar, como lo hizo Maurice Merleau-Ponty, que “la fenomenología es también una filosofía que vuelve a colocar las esencias en la existencia y considera que no se puede comprender al ser humano y al mundo, sino a partir de su ‘facticidad’” (Merleau Ponty, 2005, p. vii).

¿Cómo entender la fenomenología de la enfermedad? En principio, debe comprenderse la enfermedad como un *manifestarse de algo*. Pero, ¿qué manifiesta la enfermedad? Toda enfermedad, al igual que el dolor, es una exposición de la precariedad propia de las estructuras orgánicas. Sin embargo, más allá de esa definición, tan aparentemente técnica, las enfermedades encierran el momento de *ruptura del ser humano con su cotidianidad*, una “distracción en el mundo”. Solo por medio de la enfermedad es como los seres humanos padecen, por así decir, el peso y la notable falibilidad del cuerpo. El ser humano se entrega totalmente a la vida cotidiana, al mundo. Allí, el cuerpo no es un extraño; es parte de la “existencia”, del “ser en el mundo”. Esa invención moderna, denominada “cuerpo”, totalmente absorbida por la cotidianidad del día a día, es aire y devenir. La irrupción de la enfermedad anuncia el fenómeno que se busca: el recogimiento interior (Gadamer, 2005, p. 92), el aislamiento del mundo. La enfermedad es un aparecer del desvío del “ser ahí”. Como ejemplo de ello podemos señalar a Frida Kahlo; su obra manifiesta un clima interno, en el cual se muestra la incomodidad para adaptarse al dolor y al sufrimiento,

por esa razón, integra el dolor a sus obras, representa de una manera conmovedora su realidad, esto es, su ánimo caído, “en desviación”.

La anorexia contemporánea es un indicio de un fenómeno más amplio: la representación ser humano-cuerpo, la idea según la cual el cuerpo es un objeto que debe ser controlado y manipulado. Esta enfermedad es quizás una muestra de cómo múltiples narraciones que se encuentran inscritas en la cultura inciden en los comportamientos, los hábitos y las formas de ver el mundo por parte de los individuos contemporáneos. Podría decirse que interpretar fenomenológicamente esta enfermedad implica abordar la forma como los imaginarios cotidianos se hacen carne en las prácticas sociales.

### El nacimiento del cuerpo

Estudiar la anorexia desde la “fenomenología de la enfermedad” implica aproximarse a la *episteme* moderna, a la estructura que funda la Modernidad y que será determinante para el desarrollo de la ciencia. Ello permitirá ver cómo para comprender la anorexia es necesario no solo abordarla con la ayuda de distintas disciplinas, sino ir a la matriz misma de la cosa, esto es, la distinción sujeto-objeto, el imaginario que encubre y oculta la relación inmediata que el ser humano tiene consigo mismo, con los otros y con las cosas.

Los juegos de lenguaje que la medicina moderna construye son unas prácticas que le restan legitimidad al enfermo, pues privilegian unas representaciones sobre otras. Previo al dualismo inaugurado por René Descartes, según el cual el sujeto es una realidad independiente del objeto, la Medicina renacentista, de la mano de Andrea Vesalio, dividía al cuerpo del ser humano (Le Breton, 1997, p. 50). Por una parte, situaba el artefacto, el complejo estructural y funcional; por otra, ubicaba al alma, al pensamiento y al sujeto. El dualismo platónico se expresa aquí de una manera renovada. En términos epistemológicos, a la medicina solo le interesa el cuerpo, la máquina, el conjunto de mecanismos. El sufrimiento y la angustia particular del enfermo no son asumidos por la institución médica. Se pondera un discurso en detrimento de otro.

La incursión de este imaginario tendrá consecuencias importantes. Las vivencias y experiencias del enfermo en nada tendrán que ver con los “hechos” del cuerpo, asuntos de real interés para la mirada científica. El dualismo ser humano-cuerpo es un sistema de interpretación que vela y encubre la relación inmediata que tiene el ser humano con el mundo. El cuerpo, desde esta perspectiva, es solo una máquina de huesos y carne (Descartes), lo que resulta indudablemente reduccionista pues pretende anular el carácter simbólico y cultural del ser humano a partir de una antropología totalmente residual (Le Breton, 1997, p. 8).

La experiencia particular del enfermo, según la perspectiva moderna, resulta periférica. El médico persigue hechos objetivos y concretos. Todo el sistema de interpretación científico que inaugura la medicina moderna verá a la estructura corporal como una cosa fragmentada, un territorio de

conocimiento en el que existen parcelas claramente definidas: lo biológico, lo químico, lo fisiológico, lo mental, etc. El ser humano y sus deseos, dolencias y emociones será solo un epifenómeno, un algo que incomoda dentro de esa cacería emprendida por la ciencia médica contra las enfermedades. La racionalidad científica que rige el discurso médico será uno de los metarrelatos que se olvidará por completo del ser humano. A partir del siglo XIX, con el establecimiento en Europa de los estados nacionales modernos y el auge de la industrialización, las instituciones de seguridad social serán determinantes en la construcción de un nuevo orden. A partir de entonces, la clínica empezó a verse como una “máquina para curar”. Emergió, además, una política de lo viviente, una gestión de lo vivo. La medicina se transformó en un instrumento de poder fundamental para efectos de gestar y forjar cuerpos dóciles en materia de obediencia y fuertes en términos de producción y utilidad. Como dice Michel Foucault: “La vieja potencia de la muerte, en la cual se simbolizaba el poder soberano, se halla ahora cuidadosamente recubierta por la administración de los cuerpos y la gestión calculadora de la vida” (2007, p. 169). Este fenómeno será comprendido por el propio Foucault como *biopolítica*: lo que interesa en adelante son las lógicas de lo vivo con el fin de administrar y potencializar la fuerza necesaria para una época centrada en la producción.

### **Un acercamiento fenomenológico a la anorexia: la persistencia del dualismo ser humano-cuerpo**

¿Qué se pretende demostrar al formular una fenomenología de la anorexia? Abordar en términos fenomenológicos esta enfermedad, primero, procura desenmascarar un imaginario como el dualismo ser humano-cuerpo. Se trata de la consolidación de una *episteme*, un sistema de interpretación, un paradigma, que atravesará por completo a la contemporaneidad. Pronto se advierte, a su vez, que pensar una enfermedad como la anorexia implica una postura crítica ante dicho imaginario que tome una distancia tal que le permita ver cómo operan en la cultura contemporánea diferentes valores, hábitos, formas de vida y costumbres.

En segundo lugar, pensar en una fenomenología de la anorexia implica acercarse a “las cosas mismas”, es decir, no ver esta enfermedad como una falla mecánica que se corresponde con deficiencias en términos bioquímicos y neuronales, tampoco pensarla como un trastorno conductual, sino más bien como un enfrentamiento que el enfermo padece constantemente consigo mismo, es decir, un asunto existencial, una manera de enfrentarse al paso del tiempo, una forma de responder a las presiones y exigencias propias de la sociedad de consumo contemporánea. La anorexia se consolida como una suerte de “simulacro del ser”. Si se entiende por simulacro “fingir tener lo que no se tiene” (Baudrillard, 1978, p. 8), entonces quien está enfermo de anorexia manifiesta por medio de su cuerpo una ausencia, una inconformidad con el propio cuerpo.

Aproximarse al mundo implica comprenderlo como un plexo de cosas a la mano, donde hay otras existencias humanas que son vitales

para gestar lo real. Ese es, justamente, el propósito de las *epistemes*, de los esquemas mentales e interpretativos. No se trata solo de verse o consolidarse como un “sistema”; su finalidad es interiorizarse en la carne, crear claridad, familiaridad. Si bien durante mucho tiempo el dualismo ser humano-cuerpo fue férreamente combatido por las “capas populares” de la sociedad, actualmente se ha impuesto y consolidado por completo en la cultura. También es cierto que tal esquema encuentra hoy nuevos rivales (medicinas paralelas, nuevas religiosidades, una rehabilitación del paganismo y el politeísmo), pero es importante reconocer que el cuerpo en su integridad ha sido colonizado de lleno por tal juego de lenguaje.

Solo podrá entenderse la anorexia si logra captarse, desde un principio, este discurso que encubre por completo la realidad del individuo. Esta enfermedad surge cuando, en efecto, el ser humano ve a su cuerpo como un doble, un *alter ego*. El dualismo, por tanto, persiste. En la sociedad de consumo el cuerpo es contemplado, intervenido, maquillado. Ello se hace justamente porque este es la marca del individuo, su límite fronterizo con los otros. Por medio del cuerpo, como dice Le Breton, el individuo busca vivir un desarrollo de lo íntimo, una suerte de autorrealización: “[...] el cuerpo se convierte en una especie de socio al que se le pide la mejor postura, las sensaciones más originales, la ostentación de los signos más eficaces” (2002, p. 154). Una nueva versión del dualismo aparece en el mundo contemporáneo, alejado ya del contexto del capitalismo naciente. Los seres humanos requerían del encierro, pensará un ingeniero social moderno, para producir cuerpos productivos, eficaces. El consumidor, por otra parte, requiere otro tipo de fachada: el cuerpo mimado entregado a todos los cuidados, todas las invenciones, pero también todos los riesgos. Se trata, pues, de un cuerpo que consolida y monopoliza un capital simbólico: el cuerpo que aparece y es reconocido.

El cuerpo se convierte en vehículo del ego, un anexo secundario sometido al querer de la “subjetividad”. La anorexia es entonces una enfermedad que se teje a partir del establecimiento del cuerpo como un objeto, una cosa. Esta enfermedad solo podrá asentarse en un contexto donde el esquema “ser humano-cuerpo” opera y es funcional. Como señala David Le Breton, el mundo de hoy ha convertido al cuerpo en un mero accesorio de la presencia, como si este último fuera simplemente una cosa extensa hecha para ser moldeada y controlada (2002, p. 15).

Lo que se plantea aquí es que la anorexia es uno de los excesos que se deriva de la idea según la cual el cuerpo es algo independiente del sujeto. Ante el control desfasado que se ejerce sobre el cuerpo, surge una enfermedad que, en últimas, corrobora una idea elemental: que el cuerpo es poroso a los discursos, a los relatos, a las imágenes. Por tanto, el hecho de que la estructura corporal sea una especie de *alter ego* presta a “ponerse en cintura”, un objeto creado para liberarse de la precariedad de la carne y de su efímera condición; tendrá una incidencia superlativa en la gestación de la anorexia. Las imágenes, los relatos, las *epistemes*, no son inocentes; la idea invade al cuerpo, modifica y altera sus prácticas,



hábitos, costumbres y deseos. En últimas, el enfermo de anorexia desea ser una idea, y la enfermedad surge de esta imposibilidad lógica.

El deseo de un cuerpo sano, con salud, emancipado de las ataduras, flexible y acomodaticio a la liquidez propia de las sociedades actuales, evidencia por tanto un “ser en el mundo” enteramente confundido, alterado. Dejar de lado al “ser ahí” y empoderar el poseer y el parecer tiene como secuela distorsionar la imagen que los seres humanos tienen de sí mismos. El anoréxico está preso en la ficción de que su cuerpo no es su propio “yo”, en suma, es el resultado de un proceso social en el que “la objetividad del individuo”, esto es, “el cuerpo”, es visto como una cosa imperfecta sujeta a un mejoramiento constante y permanente donde el actor construye su propia representación del cuerpo a “voluntad”.

### Cuerpo-Mundo

Cuando un antropólogo como Marc Augé afirma que “la persona es múltiple, estructural (o relacional), porosa e inmanente” (2004, p. 31), está señalando que lo propio de la cotidianidad es “estar en un mundo” con otros, absorbido por las cosas. Los cambios y modulaciones existentes en los imaginarios, las rupturas en la tradición, la incursión de nuevos léxicos y la transformación de las prácticas afectan directamente a los individuos; de igual forma, los acontecimientos de orden social tampoco le son indiferentes. Al respecto, es importante recordar cómo la vida de consumo, propia de las sociedades líquidas de hoy, define unas formas corporales (Bauman, 2006, p. 82). El imperativo de “estar en forma” impone de una manera incuestionable la ficción de que el cuerpo puede ser sometido a un régimen o control. De hecho, desde múltiples ámbitos, sobre todo desde los medios masivos de comunicación, se seduce a los espectadores a no fumar, a no beber, a llevar una vida con equilibrio y sin excesos. Aunque muchas de estas recomendaciones tienen una intención de cuidar la salud de los individuos y, muchos anuncios publicitarios, que aparentemente están hechos para ofrecer una mejora en la calidad de vida no son más que una traducción estética de los regímenes saludables: los cuerpos esbeltos, ligeros y flexibles que deambulan en los *mass media*, no hacen sino fortalecer esa disyunción moderna “ser humano-cuerpo” y establecen una relación directa entre salud y belleza, esta última definida por modelos hegemónicos. La clásica división metafísica que antepone lo sensible y lo suprasensible, la materia y el alma, sigue predominando: la anorexia es un ejemplo de ello.

Un buen ejemplo de esto último puede apreciarse en el imperativo contemporáneo de “estar en forma”. Como lo dice Bauman, dicho asunto significa “tener un cuerpo flexible y adaptable, preparado para vivir sensaciones aún no experimentadas e imposibles de especificar por anticipado” (2006, p. 82). Análogamente, debe recordarse que el cuerpo es visto para el mundo contemporáneo como un borrador. El afán de controlar el cuerpo, el exceso que se deriva de la manipulación y gobierno sobre la propia entidad corpórea paradójicamente se materializará en un defecto, un menos. Los cuerpos extremadamente delgados, como los

que presentan las personas que afectadas por la anorexia, son un defecto que se deriva del exceso de control. Todo régimen saludable se halla en el medio de dos extremos. Al fin y al cabo, pensar en la salud significa siempre hacer alusión a una homeostasis, a una justa medida. El imperativo de “estar en forma”, sin embargo, es lejano del equilibrio mismo, del estado saludable. Ello probablemente explica la conducta compulsiva y altamente disciplinada de la anoréxica o el anoréxico. En efecto, el enfermo de anorexia está librando una batalla. La sensación de derrota pronto se traduce en un estado de culpa, autoescrutinio y autodesaprobación.

Por eso mismo, las representaciones e imaginarios existentes en la cultura contemporánea sobre el cuerpo no son para nada inocentes. Estas, sin duda, modelan y construyen “formas”. Tales relatos e imaginarios que irrumpen y deambulan en la cultura, sin que los actores sociales se percaten de ello, manifiestan la idea moderna de que el cuerpo es el recinto objetivo de la soberanía del ego, el sello particular del individuo, aquello que lo hace diferente. Un fenómeno de la cultura como la anorexia, solo puede entenderse como uno de los tantos excesos que se despliegan ante el poder extensivo y casi omnipresente de los medios masivos de comunicación. Cuando el cuerpo es visto como un objeto, algo que puede “ponerse en forma”, como si los sujetos lo construyeran, lo hicieran, se introduce una percepción del mundo en la cual lo realmente importante es la voluntad de poder sobre el cuerpo. No es gratuito que las nuevas fronteras de exclusión y clasificación social se presenten sobre dicho imaginario. El equivalente al éxito reposa en la idea de que el cuerpo propio debe ser flexible y ligero, contrario a los cuerpos pesados, atados a la gravedad terrestre: cuerpos que indudablemente muestran y manifiestan un mundo asimétrico en el que los menos favorecidos (la gran mayoría) no pueden acceder al sentido impuesto por las elites globales y la industria del entretenimiento.

No poder “controlar” el cuerpo será, por tanto, una señal de fracaso. Según parece, el capitalismo de ficción contemporáneo no tiene trabas (Vicente Verdú, 2003). La ficción que separa al cuerpo del sujeto tiende a difundirse globalmente debido a la superabundancia de imágenes que muestran cuerpos delgados, ligeros, emancipados de su insoportable precariedad. Si lo propio de cada norma, como dice Canguilhem, (2006, p. 187) es la sucesiva normalización, no es una exageración afirmar que las imágenes del cuerpo hoy tienen un carácter normativo. En efecto, se trata de imágenes que invaden e, *ipso facto*, ponen en cuestión y normalizan los cuerpos. Como dice Augé, dichas imágenes “se dirigen específicamente a nosotros y, en ese sentido, nos incitan a encoger el abdomen” (2004, p. 36). Por tanto, una segunda realidad se impone, una realidad si se quiere mejorada, que procura evadir lo insoportable que es el cuerpo. La ficción “ser humano-cuerpo” tiende a difundirse y a consolidarse como una naturaleza optimizada y perfeccionada. En el capitalismo de ficción, lo real es desplazado (Verdú, 2003, p. 11).

Es importante resaltar las maneras de concebir el cuerpo en las sociedades actuales, subsidiarias del dualismo “ser humano-cuerpo”, que son un hecho clave en la aparición de la anorexia. Los acontecimientos que reposan sobre los cuerpos contemporáneos, tienen, indudablemente, una connotación social. Pensar al cuerpo dentro de una configuración holística en la que los seres humanos y los otros (el mundo) están estrechamente ligados implica tener en cuenta el carácter social de las transformaciones y cambios que se efectúan sobre el cuerpo. Es claro que la difusión de imágenes del “cuerpo glorioso” (sano, delgado, “libre”, emancipado del sufrimiento, esbelto) será un suceso que pondrá en tela de juicio a otros cuerpos.

La anorexia manifestará, en este caso, el resultado de un largo camino de calamidades que pretende imponer lo ficticio sobre la realidad inmediata del individuo. En suma, solo hay un cuerpo atado a la tierra, imperfecto, frágil, sometido a la falibilidad del mundo, falibilidad que a su vez manifiesta el carácter temporal e inestable de la existencia.

### Bibliografía

- Augé, M. (2004). *¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines*. Barcelona: Gedisa.
- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairos.
- Bauman, Z. (2006). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Canguilhem, G. (2004). *Escritos sobre medicina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Canguilhem, G. (2006). *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI Editores.
- Descartes, R. (1994). *Tratado de las pasiones*. Barcelona: RBA Editores.
- Foucault, M. (2002). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad (vol. 1). La voluntad de saber*. México: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Gadamer, H.-G. (2005). *El estado oculto de la salud*. Barcelona: Gedisa.
- Grmek, M. (2002). *El concepto de enfermedad emergente*. Unaula, 119-130.
- Heidegger, M. (1924). *El concepto de tiempo*. Consultado el 11 de febrero de 2011, de: Edición electrónica de [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl) / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS: <http://www.philosophia.cl/biblioteca/heidegger.htm>
- Heidegger, M. (2007). *El ser y el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (1999). *Ontología. Hermenéutica de la facticidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Le Breton, D. (1997). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Merleau Ponty, M. (2005). *Phenomenology of perception*. London: Routledge.
- Uribe, J. F. (2007). *Anorexia. Los factores socioculturales del riesgo*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Verdú, V. (2003). *El estilo del mundo*. Barcelona: Anagrama.